

ruido y agitación me molestaban, después de almorzar, el martes de carnaval recorrí el trayecto que media entre la plaza del Estatuto y la Gran Madre de Dios. Habían llegado del Africa las malas noticias de los combates de Seeta y de Alequá. Junto á mí y entre los pasajeros se comentaban los hechos, y por las lastimosas palabras que se cambiaban y por el mal efecto que producian las noticias, todo era tristeza que contrastaba con la alegría de las gentes que transitaban en los carruajes, siguiendo las tradiciones del carnaval. En tanto que se hablaba de los heridos y de la muerte del teniente Negretti de Caputo, de los oficiales quemados vivos y de los pronósticos que se hacían acerca de las futuras catástrofes que podían acaecer en Abisinia, oíase por todos lados el rumor de las trompetas y bocinas de los carruajes, el cantar de las máscaras que pasaban, los gritos y las risas de los que iban en el tranvía, y entre aquella algarabía parecióme ser más terrible la suerte de aquellas pobres víctimas lejanas de la maldita guerra. ¡Cuán poco se sienten los infortunios nacionales cuando caen en los días destinados por el calendario al gozo y al placer!

En un momento dado se sentó junto á mí un hombre de edad madura, que no llevaba otro disfraz que una gran nariz postiza, y luciendo aquel pico de cigüeña como si lo llevase por obligación, leía tranquilamente la «Gaceta del Pueblo.» Iba también á mi lado un obrero medio adormecido que, ennegrecida la cara con corcho quemado para divertirse y divertir al público, hablaba á media voz con acento lastimero de algunos disgustos de fami-

lia á un amigo suyo que estaba más dormido que él. En mitad de la calle del Po, una graciosa mascarita verde, saltando al coche, me dió un golpe en el sombrero y me dijo al oído:

—¡Abajo el socialismo!

Pero no me ofendió, pues por sus ojos y modo de accionar no me pareció aquella mujer muy fiera enemiga de la propiedad colectiva. A los pocos momentos ocupó su puesto una señora anciana, con el pelo blanquísimo, de aspecto bondadoso y digno, que conservaba todavía las huellas de una gran belleza; iba delante de ella en el otro banco un jovencito disfrazado de polichinela, con los ojos medio cerrados por el exceso de libaciones y apretando con la mano un saco de *confetti*. Entonces ví un ejemplo de cómo á un ánimo vulgar se impone con más fuerza la dignidad que el desdén. Admirado de aquella hermosa mata de pelo blanco, el joven se volvió hacia la señora; sonrió con familiaridad impertinente y con manifiesta intención de decirla alguna brutalidad poco culta. Empezó con la fórmula usual:

—Te conozco... te he conocido cuando eras joven.

Una respuesta seca hubiese provocado probablemente una insolencia. La señora contestó, por el contrario, dulcemente y moviendo la cabeza:

—Te equivocas, hijo mío; cuando yo era joven, tú no habías nacido todavía.

La bondad, la gracia sonriente, el acento de benevolencia casi maternal con que pronunció aquellas palabras, tan diversas de las que él esperaba, dejaron al joven como aturdido; sonrió, moviendo

un poco la cabeza, quiso contestar y no se atrevió á ello y, por último, antes de bajar del carruaje, metió la mano en el saquito de *confetti* y dió á la señora un par de caramelos que aceptó.

El tranvía, como una barca que baja desde un río á un lago, penetró dentro de la enorme multitud que se apiñaba en la plaza de Víctor Manuel; y entre aquella muchedumbre que gritaba y corría de un lado para otro, de barraca en barraca y de puesto en puesto donde se vendían mil chucherías, chillando siempre, armando una algarabía infernal que no pudiera resistir el oído humano á no estar acostumbrado al ruido de las grandes ciudades, el único hombre que se manifestaba serio, que conservaba su impassibilidad, que no parecía embriagado por la alegría que movía á la muchedumbre, era el pobre cochero: un hombre de pelo rubio que, reteniendo con frecuencia los caballos se esforzaba en gritar muy á menudo: «¡Eh!... ¡Eh!...» á fin de evitar todo choque, causar alguna desgracia y apartar á la gente, la cual contestaba algunas veces con injurias, ofendida por la superioridad de juicio que demostraba aquel pobre hombre. ¡Con qué ansia respiró el cochero cuando se encontró al final del puente del Po, fuera ya del peligro de atropellar á sus prójimos y de la necesidad de tener juicio por los que carecían de él. Sacó entonces un pañuelo azul, se enjugó el sudor que manaba de su frente, y cuando llegó á la *Gran Madre di Dio*, paró el carruaje, echó el freno y se sentó un momento sobre el estribo para comer deprisa y corriendo un mísero almuerzo que le habían traído de su casa. Yo es-

taba observándole, en tanto que esperaba que el tranvía volviese á marchar. Aquel hombre debía tener treinta y cinco años y, por las trazas, parecía un hombre del campo, porque llevaba dos aretes dorados en las orejas, y al oír su acento pensé que era uno de aquellos trabajadores que durante toda su vida no han conocido del campo ni de la naturaleza, sino la labor eterna, y para los cuales la vida dura del cochero es una delicia, comparada con la infernal que llevaban antes. Viendo que le observaba, y en tanto que iba comiendo, me contó la historia de su almuerzo, el cual se había retardado cuatro horas, porque aquella mañana, habiendo sido cambiado de improvisó desde la línea de Viali á la del Martinetto, para suplir á un cochero, el cesto que le llevaba su mujer se le había extraviado y, pasando de tranvía en tranvía, había dado vueltas por toda la ciudad, desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde, antes de encontrar á su dueño. En tanto que hablaba el pobre hombre, en ayunas desde las diez de la mañana, á cada bocado que daba volvíase á mirar si llegaba el otro carruaje, pensando ya en la multitud que tenía que atravesar, silbando y gritando por la plaza de Víctor Manuel, por la calle del Po, por la de Garibaldi, hasta el extremo opuesto de Turín.

—¡Ah, el carnaval!—exclamó.—¡Quién le habrá inventado!—E hizo ademán de lanzar el plato contra la cara de alguno.

Volví á marchar con él de nuevo, teniendo que atravesar la onda humana de la gran plaza, en medio de un diabólico concierto de voces. Luego de

entrar en la calle del Po, el tranvía quedó parado; había allí una mezcolanza indecible de sombreros adornados de flores, de kepis, de sombreros de copa, de cabelleras al aire, de gorros griegos y de capuchones de máscara; una multitud abigarrada de gente que no hacía otra cosa sino reír y gritar dando el alto á los tranvías que pasaban. De cuando en cuando las jardineras se paraban y subían unos y bajaban otros, disputándose el sitio, cayendo en él y levantándose, cambiándose injurias y cumplidos, sin saber nadie á punto fijo lo que hacer.

En la plaza del Castillo se me puso enfrente, en la plataforma posterior, una máscara grandona ensacada en un dominó negro que le daba el aspecto de hermano de la Misericordia, y tanto ésta como las otras dos máscaras embriagadas que le acompañaban, en cuanto estuvieron en la calle de Garibaldi, empezaron á atormentar á una pobre mujer que iba junto á ellos llamándola por broma, *mamá y abuela*.

—¡Cómo te habrás divertido el martes, mamá!

—¡Cuántos sacos de *confetti* habrás vaciado!

—¡Yo la he visto en un *gabinete reservado*!

—¡Yo la he visto comiendo en el *Pabellón Oriental*!

La mujer no contestó. Minutos después, los tres bufones saltaron del carruaje y reconocí en la extremidad del último banco á la anciana del Pozzo di Strada, que debía de haber subido como siempre en la esquina de la calle Veinte de Septiembre. Llevaba un pañuelo á la cabeza, el saco sobre las rodillas y, como de costumbre, conservaba su continente humilde y recogido. No mostraba ningún re-

sentimiento por las burlas que se la dirigían: como si no hubiese oído ninguna, miraba, como hacen los niños, las mascaradas que pasaban á pie y en bicicleta, á los que iban disfrazados de la manera más ridícula; á los *pierrots* y á los *bebés*, y parecía, no obstante, que no viese nada, quizás á fuerza de verlo todo. Vió, sin embargo, la iglesia de los Santos Mártires, porque al pasar por delante de ella se persignó. Aquel pensamiento fijo que yo había creído leer en su rostro, parecía que se hubiese hecho más profundo y más inquieto; más á menudo que antes inclinaban la cabeza sobre el pecho y parecía recogerse como bajo el peso de un sueño angustioso; me parecía más pequeña, más triste, más marchita, como si desde la última vez que la había visto no hubiera dormido y hubiese padecido mayores miserias. ¿Qué clase de penas sufría aquella mujer? No pude imaginarme ninguna causa determinada de su dolor, pero notaba de un modo confuso que aquella causa residía oculta en algún punto de mi imaginación, y que cuando la supiese me maravillaría de no haberla descubierto yo mismo. Hizo de nuevo la señal de la cruz al pasar por delante de la iglesia de San Dámaso. Cerró los ojos cuando atravesó la plaza del Estatuto, y luego, cerca del monumento de Frejus, cuando yo bajé hacia la derecha para ir á mi casa, bajó ella por la izquierda hacia la suya de la calle de Rívoli. La ví alejarse con su saco bajo el brazo á paso lento é igual, encorvada bajo el peso de su dolor misterioso, como bajo un yugo invisible, solitaria y triste en mitad

de la plaza ya obscura; pequeña y digna de compasión como una hormiga extraviada. Y con aquel punto negro que se perdía en el horizonte silencioso de la campiña, desaparecía para mí todo el esplendor y bullicio del carnaval.

\*  
\* \*

La volví á ver pocos días después en la misma línea que durante el primer viaje de la mañana, y procuré encontrar modo de interrogarla para descubrir su secreto; pero me distrajo de ello un nuevo espectáculo, una serie de observaciones nuevas acerca del singular aspecto que presenta á los ojos de un pasajero del tranvía la batalla electoral. Fermentaba ya la agitación de las elecciones municipales que debían decidir acerca de la influencia del partido católico ó del liberal. Las paredes estaban cubiertas de manifiestos de diversas formas y colores que subían hasta los terrados, ó bajaban humildemente hasta la acera como para morder las piernas de los caballeros ó para tocar los zapatos de los pobres.

En todo el trayecto se iba pasando por un visible coro de exhortaciones, promesas, acusaciones, ruegos y amenazas entre las cuales sonaban más alto, como nota aguda, centenares de nombres conocidos ó ignorados, democráticos, burgueses y plebeyos emergiendo del muro como si fueran gritados

por voces de muchedumbre con mil diversas entonaciones alegres ó solemnes, imperiosas ó suplicantes, de las cuales parecía que el carruaje huiera silbando y tocando la campanilla como queriendo decir que no creía en nada de aquello y que tenía otros asuntos que le interesaban más. A cada parada, todas aquellas voces se dejaban sentir más fuertes y más claras, y luego se confundían en un murmullo sordo y lejano en el cual no podía distinguirse ni el programa ni los nombres de ninguno de los candidatos. Dentro del tranvía surgían disputas acerca de un mismo asunto, de las cuales no llegaban á mi oído sino algunas palabras, como *charlatán*, *torpe*, *inepto*, *ya es tiempo de acabar... lo veremos* y otras por el estilo. Estas expresiones eran de los caballeros que, sin disputar, abrían, uno frente á otro, con ademán hostil, «L'Italia reale» y la «Gazzetta del Popolo», de otros que, sin alzar la voz, se entregaban á cálculos aritméticos acerca de los votos que podían alcanzar los candidatos, discusiones en las que sonaban de cuando en cuando las cifras de cinco, siete y diez mil, como si se tratara de discursos sobre la guerra en la cual los soldados son únicamente números y no hombres. Dentro de otros tranvías que pasaban, veía yo vecinos conocidos que llevaban bajo el brazo una colección de impresos y que se daban el aire importante de gente dedicada á los negocios, que corren desde la mañana hasta la noche, estimulados por una pasión ó por una obligación importante, y que eran únicamente servidores voluntarios é inconscientes de una idea. Uno de los conductores

del tranvía me dió ocasión de hacer el primer descubrimiento acerca de mis compañeros misteriosos de trayecto.

Era en el tranvía del Martinetto; durante una mañana de niebla espesa, el caballero Bicchierino, aficionado á la lectura de la «Gazzetta», la leía, como de costumbre, en pie y sin mirar siquiera al que estaba á su lado. Subió á la plataforma un conocido mío muy antiguo, con un gran sombrero calabrés, una americana raída de terciopelo color cao, que llevaba sobre los hombros desde hacía cinco ó seis años, y un gran paquete de periódicos bajo el brazo; era un tipo curiosísimo, tanto por su índole como por su apariencia: al verle con aquel aspecto tan serio, con su barba roja é irsuta, con su cabellera leonina, con su cuello de toro, parecía á primera vista un hombre terrible, y cuando reía, el más bonachón de los mortales, aunque tuviese una voz que podía parecer el estampido de un cañón Krupp. Era un filósofo que expresaba todos sus pensamientos en forma sentenciosa y que anotaba algunos de ellos en una cartera que á cada momento sacaba del bolsillo, tratando siempre preferentemente de los que se referían á la moral, á las buenas costumbres, á la regeneración de la mujer y á la educación de los niños. No era un pensador abstracto, sin embargo, sino «un propagandista individual,» apasionado, un regenerador infatigable, capaz de «trabajar» á un amigo impenitente durante un año seguido, con la misma tenacidad que emplea un misionero. Era muy laborioso, sobrio por instinto y por propósito, que así sabía privarse del

vino y del tabaco, como dar los céntimos que le sobraban por la causa que servía y para coadyuvar á la confección de opúsculos y de retratos, de diarios y calendarios socialistas, con los cuales tapizaba las paredes de su cuarto. Bueno y sencillo en el fondo no abrigaba antipatía profunda contra los burgueses, pero tenía la idea fija de turbar el sueño del prefecto, y creía estar de continuo vigilado por las autoridades, de las cuales solía hablar con tono compasivo, como si cada día inventara una nueva trama para despistarlas. Para los actos más sencillos de la vida tomaba toda especie de precauciones, como si se tratase de organizar una conspiración ó de hacer estallar algún complot de esos que acaban con la vida de un gobierno.

Apenas había subido, empezó á hablar conmigo en voz baja, pero con viva satisfacción, acerca del movimiento electoral, diciendo que se preparaba bien la cosa: Se le escapó una sola frase en voz alta:

—Turín va á levantarse.—El caballero que leía la «Gazzetta» le oyó y le miró un momento con gran estupor. El, por su parte, continuó hablando. Subió más gente al carruaje. En un momento dado, después de mirar á mi alrededor, ví al otro lado de la plataforma los anteojos y la barba gris de aquel enemigo mío misterioso, que cuando me veía en una parte del tranvía se marchaba por la otra. Me miraba, así como á mi interlocutor, con los ojos dilatados y relucientes, con expresión de desdén tan viva y de tal antipatía, que parecía cada una de sus ojeadas el resplandor de un rayo. ¡Entonces advertí que odiaba en mí al socialista! Entonces pa-

só por mi mente la idea de que aquel hombre, que con tanta furia me miraba, podría ser el autor de una carta anónima que se me había dirigido pocos días después de la muerte del presidente Carnot, y que empezaba con estas palabras: «Digno amigo de Caserio.....»

¡Y yo que había formado el propósito de conquistarle! Adivinaba la causa del odio que sentía hacia mí, y no me quedaba otro recurso que resignarme á tomar tila, pero, de todos modos, el misterio quedaba descubierto; había hecho en mi pequeño estudio del tranvía mi primer descubrimiento importante, y ¡quién sabe si aquel hombre era un Ives Guyot italiano, el devorador de socialistas franceses que tan escaso bien había hecho á su patria!

---

### CAPITULO TERCERO

*Marzo*

Para mucha gente que sale poco de casa y que, por pereza, por exceso de edad ó por achaques, no se sirve apenas de las piernas, el tranvía ha venido á ser el único medio de comunicación con el mundo y el único puente movable que les une todavía con la ciudad, dentro de la cual viven solitarios. Unos hacen en el tranvía sus viajes higiénicos de «ida y vuelta» ó de «circulación» como les llaman, para aspirar una bocanada de aire; en el tranvía buscan el placer de la conversación, hacen sus conocimientos, recogen noticias, ven á veces á algunos de los amigos antiguos, y cuando vuelven